

FILMS de AMOR

LA LLAMADA SALVADORA



Num.
227

Clms.
25

MARTA SLEEPER · HUG ALLEN

FILMS DE AMOR

EL IDEAL DE LOS AFICIONADOS

REDACCIÓN, ADMINISTRACIÓN Y TALLERES:
VALENCIA, 234 · APARTADO 707 · BARCELONA

DEPÓSITO GENERAL DE VENTA EN BARCELONA:
SOCIEDAD GRAL. ESPAÑOLA DE LIBRERÍA
CALLE DE BARBARÁ, NÚMEROS 14 Y 16

APARECE LOS JUEVES

AÑO VI

NÚM. 227

La Llamada Salvadora

Adaptación en forma de novela de la comedia
sonora del mismo título, interpretada por

Karl Dane y Martha Sleeper

Versión novelesca de E. MOLDES

E X C L U S I V A S

CINAES, S. A.

Via Layetana, 50 Barcelona

REPARTO:

Laura Seymour	Martha Sleeper
Simplicio Spike	Karl Dane

ARGUMENTO DE DICHA PELÍCULA

I

En la mansión de los Seymour, como todas las noches, las luces permanecían encendidas hasta las primeras horas de la madrugada. Velaba entre aquellas paredes la ciencia y el amor. La ciencia, representada por el doctor Seymour, un anciano bondadoso y sabio que a ella había consagrado su vida, y que ahora, encerrado horas y horas en su laboratorio, entre retortas, aparatos de química y dinamos, perfeccionaba su gran invento el último, probablemente, y el que bastaría para darle la inmortalidad.

Velaba el amor, encarnado en Laura Seymour, la nieta del sabio; una linda muchacha de dieciocho abriles, llena de alegría de vivir. Pero en ella el amor se rodeaba de misterio.

¿A quién amaba, en realidad, Laura Seymour?

Si nos guiámos por las apariencias, el afortunado mortal era, sin duda alguna, Roberto

Wells, colaborador del doctor Seymour y visitante asiduo de la casa.

Todos cuantos conocían a Laura y a Roberto, incluso el propio sabio, no ponían en duda la existencia de estos amores. Sólo Wells, que era inteligente, sabía de un modo positivo que Laura no le amaba a él. Le trataba como a un hermano, con la confianza y la intimidad con que trataría a un hermano mayor, pero nada más. Ni una palabra, ni una mirada habían delatado jamás en ella la llama de un amor escondido.

El, en cambio, la amaba en silencio desde hacía tiempo; pero nunca se había aprovechado de las ventajas de ser íntimo de la casa, para solicitar una correspondencia a sus sentimientos, que él adivinaba que no existía ni podía existir en el alma de la muchacha.

Esta noche, hallábase Laura en el "hall" al calor de la chimenea, cuando llamaron a la puerta. Ella misma fué a abrir. En el vano apareció la figura varonil de Roberto, y los dos jóvenes se estrecharon las manos con verdadera efusión.

—¿No me has echado de menos durante mi ausencia?—preguntó Wells.

—¡Ya lo creo!—respondió ella sonriendo. —¡No puedes imaginarte cuánto me he aburrido sin ti!

—¿Lo dices con sinceridad?

—Con sinceridad absoluta; ya lo sabes... Sobre todo en las veladas... ¡Qué sueños me he echado en estos silencios! Otra vez, cuando te vayas de viaje, me llevas contigo.

—¡Qué más quisiera yo!—exclamó Roberto con vehemencia.

Y entonces Laura, como si temiese que la charla derivase hacia terrenos peligrosos, se apresuró a coger al joven de un brazo, mientras le decía:

—Vamos a ver al abuelo; estará impaciente esperándote.

Salieron juntos del "hall", como dos novios. Y juntos, como dos novios, entraron en el laboratorio del sabio, el cual, al verlos, no pudo menos de exclarar, sonriente:

—¡Qué buena pareja hacéis!

Los dos se ruborizaron un poco, y los dos fingieron no haber oido absolutamente nada.

Pasaron los primeros transportes de alegría, Laura se retiró, y los dos hombres quedaron solos en el laboratorio.

El doctor Seymour llevó a Roberto ante un aparato semejante a un generador de electricidad, lo hizo funcionar, y de los dos polos del aparato brotaron unas largas cintas incandescentes, que un momento se mantuvieron en el aire, volviendo luego, dóciles a la orden de mando de su amo, a encerrarse en el sitio de donde habían salido.

Luego, el doctor se volvió al joven y le dijo con acento emocionado:

—Querido Wells, durante tu ausencia he acabado de perfeccionar mi gran invento..., uno de los mayores descubrimientos científicos que se han hecho hasta ahora.

—¿Con pleno éxito, verdad?

—Con pleno éxito... Como tú sabes, será de incalculable valor para la ciencia médica, pues sustituirá con ventaja al radio; pero sería un arma terrible en la guerra, pues llevaría la muerte a distancia, sin riudo, sin humo, sin nada que la delatase.

—Sería en efecto, un arma terrible.

—Eso es, precisamente, lo que hay que evitar: que mi invento se convierta en arma homicida.

—Todo depende de las manos a que vaya a parar.

—Eso es, precisamente. Nosotros, desde luego, no podemos explotarlo, porque no tenemos los millones que se necesitan para extender sus beneficios a una buena parte de la humanidad... Pero sólo cederé la patente a quien me garantice que no se hará mal uso de mi aparato.

—En ese caso, solamente un robó...

—Justo. La Prensa ha hablado algo de mi invento, con evidente indiscreción. Poco ha dicho, pero si lo bastante para poner en guar-

dia a quien pueda interesarle su aspecto guerrero.

—Es cierto. No es solamente en las novelas de aventuras que se roban planos, fórmulas, inventos...

—Desde que he ultimado mi obra, no veo por todas partes más que espías y ladrones... Manías de viejo, quizás, pero de las que sólo me veré libre cuando consiga poner mi aparato en buenas manos.

Tomó del brazo a Wells y le llevó ante una gran caja de caudales que en la pieza había.

—Tú—le dijo—has sido mi colaborador, Roberto; excuso decirte que participarás de mi gloria y de los beneficios.

—¡De ninguna manera, doctor Seymour!

—Obedece como me has obedecido siempre... En esta caja de caudales guardo la única copia de mi fórmula. Procura aprendértela de memoria, y después la destruiremos.

Y cuando el sabio se disponía a entregar a Roberto el precioso documento, la puerta del laboratorio se abrió sililosamente, y una cabeza de criado, cínica, maligna, asomó por la abertura.

Tuvo el doctor la sensación de nerviosidad que produce una mirada clavada en nuestra nuca, y se volvió rápidamente. La cara cínica se hizo más cínica aún, al preguntar:

—¿Llamaba el señor?

II

—¡Váyase váyase! ¡Siempre anda usted rondando mi laboratorio!

Dobbs, el criado, fingió una gran sorpresa ante el exabrupto de su señor, y, con una voz humilde, al parecer, acertó a balbucear:

—¿Yo, señor?

—¡Váyase le digo!—volvió a gritar el doctor Seymour, descompuesto fuera de sí—. ¡Y aprenda a no presentarse más que cuando le llame!

Se cerró la puerta. La figura de cuervo de Dobbs acentuada por su traje negro, desapareció. El sabio se encaró con Wells:

—¿Son manías o realidades? ¿No cree usted que ese hombre sea un espía?

—Es algo aventurado asegurarlo—respondió Roberto sonriendo.

—Si no le he despedido ya es porque temo equivocarme. Y no quiero que una equivocación mía pueda costarle el pan a un hombre.

Sin embargo el doctor Seymour no se equi-

8
vocaba. Dobbs era un espía. Si alguna dudá
nos quedase se desvanecería inmediatamente
ante su forma de proceder.

En cuanto salió del laboratorio se irguió
su figura siniestra y resueltamente se enca-
minó a la puerta de la calle. La casa estaba
en silencio. Ardían algunas luces en el "hall",
en el pasillo... Laura dormía ya, sin duda,
arriba en su habitación, y el criado estaba
seguro de no ser sorprendido.

Abrió la puerta sin ruido. Fuera, la obscu-
ridad, en la que se recortaban vagamente los
árboles del parque.

Dobbs salió al exterior, y entonces una
sombra se acercó a él. Un embozado, al pa-
recer, el cual preguntó al criado en voz baja:

—¿Lo has averiguado ya?

—Sí... la fórmula está guardada en la ca-
ja de caudales del laboratorio.

—¿Conoces la combinación?

—Hace días que la tengo anotada.

—Entonces no hay más que obrar, y lo
más rápidamente posible.

—Mañana por la noche será el momento
propicio... Yo os daré la señal encendiendo
tres veces la luz que hay sobre la puerta.

La sombra se alejó. Dobbs volvió a entrar
en la casa con el mismo sigilo que había sa-
lido.

Nada digno de mención ocurrió en todo el
día siguiente. La vida, en el interior del ho-

gar de los Seymour, se desarrolló igual que
ayer, igual que mañana. El sabio encerrado
en su laboratorio, sintiendo a cada hora au-
mentar sus inquietudes; Laura, aburriéndose
unas horas, soñando otras.

9
A las ocho de la noche, como de costumbre,
se presentó en la casa Roberto Wells, y des-
pués de charlar un rato con la joven, se diri-
gió al laboratorio, donde el doctor le aguar-
daba.

Mientras tanto, lejos de allí, se desarrolla-
ban otras escenas de muy distinta índole, pero
a pesar de ello, relacionadas también con el
hogar de los Seymour.

Dos telefonistas—un empleado y un obre-
ro—recorrián las afueras de la ciudad en un
auto de la Compañía, inspeccionando las lí-
neas y reparando las averías. Tenían a su cargo
el servicio de noche y no se lamentaban
por ello. Tenían los dos suficiente alegría
dentro del cuerpo para hacer de cualquier tra-
bajo un placer.

El empleado era un buen mozo, en quien, a
pesar de "lucir" ropas de mecánico, se adi-
vinaba la costumbre de vestir bien. Se lla-
maba Andrés Hardy y—digámoslo en secre-
to a nuestros lectores—era el novio de Laura
Seymour.

Queda ya explicado el misterio que rodea-
ba el amor de la muchacha.

El otro, muy alto, muy feo y muy desgar-

bado, tenía por nombre Simplicio Spike, y en verdad que justificaba su nombre, pues era simple como una codorniz recién nacida.

La camioneta que los conducía se detuvo. Simplicio Spike enfocó con el reflector los alambres telefónicos que tenían sobre sus cabezas, y exclamó:

—¡Aquí está la avería que buscábamos!

—Una vería providencial para mí, Spike—dijo Andrés—... Gracias a ella voy a poder comunicar con mi novia.

Empezó a trepar por el poste con agilidad simiesca, en tanto que Simplicio le dirigía a gritos una de sus sentencias:

—¡Eres un Romeo demasiado vulgar! ¡Escalas postes en vez de balcones!

Cuando estuvo en lo alto, Andrés conectó su aparato de mano y se puso a hablar con Laura Seymour, con la misma tranquilidad que si estuviese bien repantigado en un confortable sillón de un no menos confortable despacho.

—¿Eres tú, Laura?

—Sí... ¿Y tú, eres Andrés?

—El mismo... Te estoy hablando a quince metros sobre el nivel de la humanidad.

—¿Estás en lo alto de un poste, verdad?

—A ver si te caes!

—No hay cuidado... Oye, ¿tienes ganas de verme?

—¡Muchísimas! Me estoy muriendo de aburrimiento.

—¡Ah!, pues yo no puedo consentir que te mueras tan joven... Voy ahora mismo a verte.

—No. Andrés... Tengo miedo; ya son muchas visitas... El abuelo podría sospechar y...

—¿Está ahí ahora?

—Está en el laboratorio.

—¡Con ese Roberto Wells... ¡Como si lo viese!

—Aciertas... Pero ya sabes que Roberto no significa nada para mí.

—¿De veras?

—¿Lo dudas?

—No, Laura... Ya sé que eres incapaz de engañarme.

—Entonces, vas a venir?

—¿No me decías que no?

—Sí, ven... Haremos lo de siempre. Estropearé el teléfono, y si te encuentran aquí, diré que eres un obrero que ha venido a arreglarlo.

Así quedó acordado, y Andrés corrió a reunirse con Spike. Unos minutos después la camioneta se detenía a pocos metros de la mansión del doctor Seymour.

III

Laura dejó a Andrés en el "hall" fingiendo reparar la avería del teléfono, para alejar la vigilancia de Dobbs, y se dirigió al laboratorio, donde se hallaban el doctor Seymour y Roberto Wells.

En aquel momento, el sabio, muy excitado, le decía a su colaborador:

—¡Tengo el presentimiento de que me espían! Detrás de las cortinas, detrás de las puertas, me parece ver ojos vigilantes... No estaremos tranquilos hasta haber destruido ese papel.

—Yo lo destruiría ya. Me conozco la fórmula de memoria.

—Conviene que la repases más. Si algo se te olvidase, sería empezar de nuevo.

—Entonces, no nos inquietemos. Todo seguirá como ha seguido hasta ahora.

Entró Laura, y por un instante la conversación terminó. Pero el doctor, sin poder dominar su nerviosidad, exclamó:

—¡No, no, yo no quiero vivir con esta in-

quietud! ¡Ahora mismo voy a telefonear a la policía pidiendo protección!

Iba a salir del laboratorio para dirigirse al "hall", donde se hallaba el aparato telefónico, pero Laura le cortó el paso:

—El teléfono está descompuesto, abuelo.

—¿Otra vez?

—Sí.

—¡Pero esto es increíble! ¡Es la tercera vez que se descompone esta semana!

—Yo no tengo la culpa, abuelo...

Laura bajó los ojos y se ruborizó. No por las palabras iracundas del abuelo, sino por la mirada penetrante, fija en ella, de Roberto Wells.

Se dió prisa a despedirse, alegando que tenía sueño, y se volvió al "hall". El criado se había ya evaporado, y allí sólo estaba Andrés, que se apresuró a dejar las herramientas para correr al encuentro de su novia. Unos momentos después, sentados en el sofá, de espaldas a la puerta, los dos conjugaban el verbo amar.

En el laboratorio, el doctor Seymour, olvidando con la visita de Laura sus inquietudes y temores, le decía a Roberto:

—El día en que mi nieta y tú estéis casados, mi felicidad será completa.

—Lo malo—respondió Wells tristemente—es que no estoy muy seguro de que Laura piense como usted.

—¿Qué me estás diciendo? ¿Acaso ha rehusado?

—Rehusar... En realidad, no se puede rehusar lo que no se propone.

—¿Quieres hacerme creer que aun no le has dicho nada a Laura?

—Es la verdad. Nada le he dicho.

—Pero, ¿por qué?

—No sé... por timidez, quizá... Tal vez por el convencimiento de recibir una negativa.

—¡Bah! ¡Tonterías!... Te creía más valeroso. Ahora mismo vas a hacerle una declaración en regla. Seguramente estará todavía en el "hall", leyendo alguna novela romántica.

—Pero...

—Nada de objeciones... ¡En marcha!

No había manera de negarse, y Roberto no se negó. Pero, cuando llegaron al "hall", lamentó su docilidad. La escena que él y el abuelo presenciaron no era, en efecto, muy halagadora para un pretendiente que llega dispuesto a soltar su declaración amorosa.

Laura y Andrés estaban sentados en el sofá, abrazados, con las cabezas juntas. No hablaban. Sólo suspiraban. El mundo exterior no existía para ellos. Se hubiera hundido el techo y ellos ni siquiera se habrían extremado.

Fué preciso que el doctor Seymour se situase ante el sofá, que oyesen su voz enérgica para que saliesen de su éxtasis.

—¡Muy bonito, muy edificante! ¡Ahora comprendo por qué se estropea cada día el teléfono!

Los dos jóvenes se levantaron de un salto, y Andrés se puso a arreglar los alambres con una atención y una premura verdaderamente conmovedoras. El sabio le lanzó una mirada fulminante y se encaró con su nieta:

—Y tú, locuela... ¿Crees que este hombre viene aquí a hacerte el amor?

—Claro, abuelo!—respondió la muchacha con ingenuidad.

—Pues no es así! ¡Yo sé por qué viene! ¡Porque es un espía... un ladrón, que pretende robar mi fórmula!

Se irguió rápidamente Andrés, tratando de demostrar lo falso de tan gratuita acusación, pero no pudo. El doctor Seymour estaba furioso y lo arrojó de su casa con cajas destempladas.

Cuando el muchacho se vió al lado de su compañero Simplicio, se desahogó:

—¡Bueno me ha puesto el abuelo!... ¡Si no fuese tan viejo, volvería y le daría una buena lección!

IV

Simplicio era hombre práctico, y por serlo, trató de convencer a su compañero de que lo más sensato era continuar revisando las líneas telefónicas y seguir reparando las averías que se encontrasen; pero Andrés, sin subir al auto, seguía lamentándose de su suerte, sin escuchar razonamientos.

—¡Y lo peor de todo es que me ha prohibido volver a ver a Laura!... ¡Pues eso, no! ¡Pase lo que pase, tengo que hablar con ella!

Y antes de que Simplicio pudiese impedirlo, echó a correr de nuevo hacia la casa.

Desde la violenta escena desarrollada en el interior de la mansión, había transcurrido un cuarto de hora. Poco tiempo, pero sí el suficiente para que se calmasesen las aguas y el doctor se volviese a su laboratorio; para que Roberto Wells se marchase a su casa, y para que Laura se retirase a sus habitaciones.

Quedó la casa en silencio y casi a oscuras. Y en aquel momento la luz que había so-



Se abrió la puerta y apareció Laura...

bre la puerta de la calle, se encendió por tres veces.

Franqueada la entrada por Dobbs, unos hombres entraron silenciosamente y, dirigidos por el criado, se encaminaron al laboratorio del doctor Seymour. Se oyó un ruido de lucha; después, un disparo...

En aquel instante, Andrés entraba en el laboratorio por una ventana que daba al parque. Lo único que vió en aquella pieza fué el cadáver del doctor Seymour, y a su

lado un revólver. Se arrodilló junto al cadáver, recogió el revólver del suelo, lo examinó...

Se abrió, de pronto, la puerta del laboratorio, y se presentaron Dobbs, Laura, la cocinera...

¡Andrés Hardy estaba perdido!

* * *

—Creo que era usted un buen amigo del doctor Seymour... prometido de su nieta, además...

El juez de instrucción, en su despacho particular, se dirigía a Roberto Wells, que había sido llamado a declarar.

Respondió:

—Prometido, precisamente, no. Era el doctor Seymour quien deseaba nuestro matrimonio.

—¿Quiere usted decirme lo que sepa acerca de la disputa que precedió al crimen?

Wells refirió con todos sus pormenores la escena violenta desarrollada en "hall" de la mansión de los Seymour. El juez, cuando hubo terminado, le preguntó:

—¿De modo que, para usted, no hay ninguna duda de que ese joven es culpable?

—Todo parece condenarle... Aunque, a decir verdad, no veo qué relación puede tener ese crimen con la desaparición de la fórmula



El doctor yacía tendido en tierra...

que el doctor Seymour guardaba de su invento.

—¿Sabe usted dónde la guardaba?

—Sí; en la caja de caudales de su laboratorio.

Aquella declaración, inesperada para el juez, pues Dobbs nada había hablado de ella, por la cuenta que le tenía, y Laura desconocía su existencia, favorecía no poco a Andrés Hardy. Si la fórmula, en efecto había sido robada, todo cambiaba de aspecto, y la muer-

te del doctor Seymour no le seríe atribuída a él, sino a los ladrones del valioso documento.

Desgraciadamente, la policía, que por un momento pareció seguir aquella nueva pista, la abandonó pronto para afirmarse en el camino que le parecía más claro; la culpabilidad de Hardy. Todas las declaraciones coincidieron en acusar a éste; hasta la de Laura, que en honor a la verdad hubo de confesar que su novio había sostenido una disputa violenta con su abuelo; hasta la de Simplicio Spike, que candorosamente reconoció que su compañero deseaba administrar al abuelo de su novia "una buena lección".

Por otra parte, Dobbs, en sus varias declaraciones, se dió maña para llevar al ánimo del juez el convencimiento de que la caja de caudales no guardaba nada de valor, pues generalmente estaba abierta.

El asunto iba tomando muy mal cariz para Andrés. Así lo reconocieron Laura y Roberto en la primera entrevista celebrada por ellos en la mansión Seymour, levantados ya los sellos colocados por el juzgado.

—La policía—dijo Wells—no quiere admitir que el motivo del crimen sea la fórmula perdida... Y sin embargo, yo estoy seguro de que no hay otro motivo que ese.

—Entonces, Roberto, tenemos que averi-



Los Tribunales lo habían condenado a muerte...

gar quién robó ese papel; es el único medio de salvar a Andrés.

—Yo haré lo posible, y aun lo imposible, por averiguarlo.

En cuanto Roberto se retiró, un hombre, que, al parecer, había oído la conversación, se asomó a una ventana, desde el exterior, y llamó a la jovén. Acudió ésta, no sin cierto te-

mor, atenuado, no obstante, por la cara bonachona del desconocido. Era Simplicio Spike, el cual, después de mirar desconfiadamente a su alrededor, como un personaje de folletín, le dijo en voz baja:

—Me parece que yo puedo salvar a Andrés.

—Pero, ¿quién es usted?

—Soy su amigo, su compañero, su hermano.

—Y qué piensa usted hacer?

—Desde hace unos días vengo observando a su criado, y sospecho de él...

—¿De Dobbs?

—Si se llama Dobbs, de Dobbs... Déjeme usted trabajar en la casa. Fingiré que arreglo la instalación eléctrica, la del teléfono, cualquier cosa... y así podré vigilar de cerca a ese buen pájaro.

V

A la mañana siguiente Simplicio Spike se instaló en el domicilio de Laura Seymour y empezó a desarrollar su plan de vigilancia. Para no despertar las sospechas del criado, le hizo comprender que a quien vigilaba era a Roberto Wells, y su estratagema le valió ganarse en parte la confianza de Dobbs, quien alimentaba sus fingidas sospechas, haciéndole creer que sólo Wells podía tener interés en robar la fórmula desaparecida.

Entretanto, la situación de Andrés empeoraba. Se había visto su causa ante los tribunales, y éstos, juzgándole culpable, le habían condenado a muerte.

Sin embargo, el muchacho no perdía la esperanza de que la verdad resplandeciese. Diariamente iban a verle Laura y Roberto, y le daban cuenta de sus trabajos y de los de Spike, que ya se había puesto en combinación con ellos.

Estaban absolutamente seguros de que el culpable, o por lo menos uno de los culpables

era Dobbs. Pero nada podían hacer con la sola certidumbre de ellos. Era preciso convencer a los jueces, y éstos, para convencerse, exigían pruebas.

¿Dónde encontrarlas?

La única prueba concluyente sería la fórmula desaparecida, y esa no se encontraba en ninguna parte.

Un día, Spike, de quien Dobbs ya no se recataba, tuvo ocasión de descubrir algo muy interesante. Hallábase él en el "hall", cuando en la habitación contigua sonó el timbre del teléfono.

En la casa sólo se hallaban él y el criado. Por lo tanto, el que hacía sonar el timbre no podía ser otro más que Dobbs. Sigilosamente se acercó a la pared y conectó su aparato de mano, del que nunca se separaba, con el hilo de la instalación. Entonces pudo sorprender toda la conversación, que iba a arrojar sobre sus sospechas un rayo de luz.

Oyó claramente la voz de Dobbs, y luego la de otro hombre. Preguntaba el primero:

—¿La Oficina Internacional Bélica?

—Sí, aquí... ¿Es usted Dobbs?

—Sí. ¿Y usted es el jefe?

—El mismo. ¿Ha encontrado usted ya la fórmula?

—No. Aquí en la casa no está, desde luego. La he buscado por todas partes infructuosamente.



—¡Arriba las manos, Dobbs!

—¿Y Wells? ¿No la tendrá él escondida?

—Es posible. Pero ¿cómo saberlo?

—Usted arréglese como quiera! ¡Para eso se le paga bien! ¡Esa fórmula tiene que parecer, y lo más pronto posible!

Y el irascible jefe de la Oficina Internacional Bélica, colgó el auricular.

Simplicio Spike sabía todo lo que quería saber!

Sólo le faltaba encontrar la fórmula. Y la encontró. La encontró en un libro que tomó

de un mueble, en una hora de aburrimiento, y en el cual el doctor Seymour había guardado el documento al sentirse morir.

Participó Spike su descubrimiento a Roberto y a Laura, y entre los tres se acordó dejar la fórmula, o mejor dicho, una copia falsa de la fórmula en la caja de caudales, a fin de que Dobbs, en uno de sus frecuentes registros la encontrase y se traicionase a sí mismo.

Así sucedió. Dobbs halló el documento y le faltó tiempo para correr a la Oficina Internacional. Roberto y Simplicio le siguieron, consiguiendo penetrar en la madriguera en el momento en que el criado de Seymour se dirigía al jefe de la banda, diciéndole:

—Aquí está la fórmula... Pero antes, venga el dinero y el pasaporte.

En aquel momento, hacia la puerta que daba al exterior, se oyó una voz masculina:

—Sírvanse levantar los manos, señores.

Era Roberto. Al notar el revuelo que su presencia producía en la reunión, se apresuró a manifestar:

—Nada de esto va con ustedes, señores. El único que va a acompañarme es el señor Dobbs.

Y dirigiéndose al criado, rígido bajo el revólver de Spike, añadió:

—Mientras no se me demuestre lo contra-

rio, Dobbs, le creo a usted el asesino del doctor Seymour.

Una mirada del bandido. Un brusco movimiento. Una carrera que se inicia. Un disparo...

Dobbs cayó al suelo. Estaba herido, y al parecer, gravemente. Había pretendido huir, y el revólver de Spike le había alcanzado.

Ediciones BIBLIOTECA FILMS

¡PRONTO! ¡PRONTO!

**EL TENIENTE
SEDUCTOR**

por Mauricio Chevalier

**104 PÁGINAS DE TEXTO
UNA PESETA**

VI

En el Hospital, Dobbs se moría. A su lado estaba Roberto Wells, procurando en vano arrancarle la confesión que salvaría a Andrés. El miserable, hasta en la hora de la muerte, seguía lanzando sus bravatas:

—¡He caído en sus manos, Wells..., pero mis amigos tienen la fórmula!

¡Era una copia falsa, Dobbs... La verdadera la guardo yo en sitio seguro. Lo ha perdido usted todo.

—¡Canalla!

—Va usted a morir, Dobbs—continuó Wells, como si no le hubiera oído—... y si no confiesa la verdad, un hombre inocente será ejecutado esta noche.

—Quizá me salve... Además, nada tengo que confesar...

En aquellos momentos Andrés Hardy estaba en capilla. Faltaban pocas horas para la ejecución de la sentencia que le había sido impuesta, y sus esperanzas se habían desvanecido.



La ejecución había sido suspendida.

Al mismo tiempo agonizaba Dobbs. Y al sentirse morir, al ver que no había salvación para él, al pensar que pronto iba a enfrentarse con lo Desconocido, confesó su crimen; y aun sacó fuerzas de flaqueza para poner su firma al final de la confesión.

No había tiempo que perder. Roberto y Laura, que le aguardaba en una salita del hospital, partieron en auto hacia el domi-

lio del gobernador, la única persona que podía suspender la ejecución.

Había cerrado la noche; una noche tempestuosa, en que la lluvia caía a torrentes y silbaba el viento como un titán en libertad.

Luchando contra los elementos, llegaron ambos a presencia del gobernador y le entregaron la confesión de Dobbs.

—¿Juran ustedes que esto es verdad?—preguntó el gobernador, después de leer atentamente el escrito.

—¡Lo juramos! ¡Pero, por Dios, señor gobernador... dése prisa... queda poco tiempo!

Se dirigió la autoridad al teléfono; pero el aparato no funcionaba. La tempestad, sin duda, había abatido algunos alambres.

—Les escribiré la orden de suspender la ejecución... Quizá lleguen a tiempo.

Se puso a escribir febrilmente, y un poco después Roberto tenía la orden en su poder. Al despedirlos, el gobernador les dijo:

—De todos modos yo telefonearé a la cárcel cada cinco minutos, por si ha sido reparada la avería.

Volvieron al coche, y Simplicio, que iba al volante, dió marcha. Pero pronto se convinieron de que era imposible correr por aquellos caminos llenos de baches, de charcos, que la tempestad hacía completamente intransitables.

A todo esto, el río próximo amenazaba

desbordarse, y al cruzar un puente se dieron cuenta de que era imposible seguir.

Entonces, se le ocurrió a Simplicio una idea salvadora.

Allí junto al puente, tal vez bajo el impulso de la riada, un poste del teléfono se había caído y uno de los alambres se hallaba roto.

—¡Aquí está la avería!—exclamó el telefonista.

Y mientras Roberto y Laura continuaban su marcha hacia la cárcel, haciendo un largo rodeo para no pasar por el puente, inundado ya, Spike se quedó a arreglar la avería. Era la única esperanza de salvación. El gobernador había quedado en telefonear cada cinco minutos, y cumpliría su palabra.

Pero Spike no llevaba herramientas. Sin embargo, no desesperó. Con sus manos, con sus brazos hercúleos, sujetó los dos alambres rotos y los conectó. Así estuvo cinco minutos, diez, insensible a la lluvia que caía sobre él como una maldición.

Andrés Hardy estaba salvado. La llamada del gobernador había llegado a tiempo para suspender la ejecución.

Cuando Roberto y Laura se presentaron en la cárcel, ante Andrés se abrían ya horizontes de dicha y de amor...

Ante Roberto, en cambio, se hacían más densas las sombras.

FIN

**Las grandes creaciones de
Imperio Argentina
y
Mauricio Chevalier**

sóloamente las
encontrará en **BIBLIOTECA FILMS**

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS
104 Páginas de texto-UNA peseta

SU NOCHE DE BODAS I. Argentina
LO MEJOR ES REIR
EL DESFILE DEL AMOR M. Chevalier

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS
64 Páginas - 50 Céntimos

EL AMOR SOLFERINO I. Argentina

EDICIONES FILMS DE AMOR
64 Páginas - 50 Céntimos

CINÓPOLIS I. Argentina

F I L M S D E A M O R
32 Páginas - 25 Céntimos

LA CANCIÓN DE PARÍS M. Chevalier

¡Pronto! El mayor éxito del año.

EL TENIENTE SEDUCTOR
creación de *M. Chevalier y C. Colbert*
producción del mago E. LUBITSCH

Ediciones Biblioteca Films

104 páginas de texto
1 peseta tomo
Profusión de ilustraciones

Últimos
éxitos
publicados



"M" (el vampiro de Dusseldorf)

Asunto de alta tensión trágica,
que conmoverá a las multitudes

Fatalidad

Emocionante novela de espionaje durante la Guerra Mundial
Marlene Dietrich-Victor Mac baglen

La Dama Atrevida

Novela de gran interés de ambiente chino

Ramón Pereda y Luana Alcañiz

El Príncipe Gondolero

Un asunto interesante y divertido, que tiene a la inmortal Venecia por lugar de acción.

Roberto Rey - Rosita Moreno

PEDIDOS A

Biblioteca Films. - Apartado 707. - Barcelona

Servimos números sueltos y colecciones, completas, previo envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado. Franqueo gratis